



ANTONIO FERNANDEZ ALBA

«Tal vez la carga conceptual de la palabra arquitecto no nos permita reconocer la auténtica arquitectura de nuestros días».

La influencia más positiva que ha ejercido la Tecnología en el área de la cultura arquitectónica contemporánea, radica en haber orientado y definido el campo de acción del auténtico diseño, haber provocado la crisis de la espontaneidad en las arquitecturas convencionales y someter a revisión de una manera precisa las relaciones entre «Experiencia Vital» y «Visión Formal», llevando a cabo una denuncia crítica entre las arquitecturas montadas sobre los valores de la EXPRESIVIDAD y aquellas otras que son producto de los Valores Analíticos.

Si las utopías en el siglo XX se orientan hacia imágenes tecnológicas, no hacen más que recoger en sus propuestas las insuficiencias que llevaban implícitas las utopías sociales del XIX, la inercia social característica del grupo humano, ofrece una resistencia al cambio y dificulta la evolución técnica, nuestro siglo se ha hecho consciente de la utilidad que le proporciona la herramienta tecnológica.

En otro orden de valores los problemas que plantea una planificación cuantitativa, no tiene otro camino que los recursos que le presta una «tecnología aplicada», el valor del proyecto debe tener una proyección social-mayoritaria, basta observar la necesidad que toda sociedad global industrial tiene de concebir proyectos colectivos.

De aquí que el discurso profesional a escala artesanal hoy no tenga vigencia, el producto artesanal —que es la forma en que trabaja el arquitecto en la mayor parte de su actividad— viene a ser la historia individualizada entre el arquitecto-artesano y cliente. En la escala industrial el productor y el cliente crean su historia de un modo global y anónimo, la interacción de necesidades solamente es controlada por el conjunto, la vigencia de un grupo profesional sin cometido histórico es muy dudosa y su posibilidad de existencia se mantiene, mientras que en la estructura general

de la sociedad existan «valores conservados» con análogos estímulos.

Toda implicación profesional realizada con responsabilidad es en última instancia política y no creo que este privilegio se les pueda otorgar sólo a los profesionales de la ciencia política, la renovación de nuestro entorno a través de compartimentos estancos ya sean estos políticos, económicos o arquitectónicos no pueden ofrecer más que cierto recelo.

En cuanto a la contribución que el arquitecto pueda y deba hacer, parece por el momento un tanto imprecisa, su trabajo sigue al azar de las modificaciones tecnológicas, se acerca a sus conquistas y posibilidades energéticas, con una intención sublimada de rescatar imágenes solemnes, para mantener viva la «feria», ahora con un carnaval de aparente morfología tecnológica, del que no pueden escapar ni sus apóstoles más honestos, demasiado preocupados por recoger los resultados.

Se ha precisado que «el arcaísmo técnico de una sociedad se puede apreciar fácilmente por su ausencia de división del trabajo» y si esta apreciación es cierta para el análisis de una sociedad no lo es menos para algunos de sus grupos, el campo de trabajo del arquitecto es tan indefinido que su acción y eficacia no puede ser controlada, su desconfianza o adhesión a las realidades tecnológicas nacen de su falta de conocimiento, ante fenómenos que acontecen en su entorno, pero en los que no han intervenido de forma consciente.

Tal vez la carga conceptual de la palabra arquitecto no nos permita reconocer la auténtica arquitectura de nuestros días y sus auténticos arquitectos, personalmente me inclino a creer que llevan trabajando ya hace algún tiempo envueltos en una terminología más anónima y en una eficacia más operativa, la transformación de las nuevas formas de trabajo no pueden esperar las divagaciones académicas.